



EN ESPAÑA.

EDICION DE LUJO.

Tres meses.	28 reales.
Seis	50
Un año.	90

EDICION ECONOMICA.

Tres meses.	16 reales.
Seis	28
Un año.	50

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON.

DIRECTOR-PROPIETARIO,
JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.

EN EL EXTRANJERO,
ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses.	5 pesos.
Un año.	9

EN EL CENTRO DE AMÉRICA
Y FILIPINAS.

Un año.	11 pesos.
---------	-----------

Año II.

Madrid 6 de Julio de 1872.

Número 25.

SUMARIO.

Revista de Paris, modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—A Clara, antes de sus bodas, por D. L. Augusto de Cueto.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Un rasgo de compasion, por doña Joaquina Balmaseda.—Exequias de D. Carlos Rubio, por don Gaspar Bono Serrano.—Explicacion de los grabados.—Geroglífico.

Grabado núm. 1.

REVISTA DE PARIS, MODAS Y LABORES.

I.

Paris, la mágica ciudad estacion de la Europa entera, empieza, aunque lentamente, á reponerse de la tempestad política que ha convertido en ruinas sus más bellos edificios y sumido en la horfandad y el dolor á millares de familias.

Sin embargo de que en parte ha recobrado la animacion, y que sus magnificas calles y suntuosos comercios, aparecen engalanados con todo lo más seductor y distinguido en joyas, telas y esos mil objetos especiales de Paris, hemos notado la falta de ese público lujoso y desocupado que gasta-

ba espléndidamente su fortuna en la capital francesa, y que por sus trenes y trajes demostraba que no era parisiense; esa multitud extranjera, que tanto producto dejaba, y que era la verdadera riqueza de Paris.

Las damas francesas, ó visten de luto, ú ostentan modestos trajes de color crudo, sin pretension alguna cual, si los muros de sus casas y palacios medio calcinados, y la vista de aquellos huecos de balcones que aparecen en las ruinas de Tulle-rias y del Hotel de Ville, como mudo recuerdo del pasado, fueran el hielo que paraliza la proverbial alegría del pueblo francés. Cada traje negro representa un doloroso drama, y en los teatros que aun permanecen abiertos, en los conciertos, en la exposicion de pinturas y en las tribunas reservadas de la Asamblea, sólo lucen y brillan por sus trajes claros y por sus joyas, algunas extranjeras y para ellas, destinan las modistas francesas sus más bellos modelos: Paris, en fin, es hoy una ciudad de un aspecto original, y al atravesar la Avenida Victoria, la calle de Lille, ó de Bac, se creeria fácilmente haberse trasladado á una ciudad medio destruida por un terremoto: tal es el efecto que en mí ha causado la ca-



pital, en donde he pasado una gran parte de mi vida. Pero basta ya de reflexiones tal vez enojosas, y tratemos de trajes y confecciones que nos han parecido bellísimas.

Ante todo debo hacer constar que la verdadera novedad de la estación, para las tardes frescas, para playa, salida de casinos ó conciertos, son los *dolman*, abrigo elegantísimo por su forma y que ha sido acogido con un favor especial, y cuyo modelo hemos presentado á nuestras suscriptoras en el número del 21 de Junio, grabado núm. 1. Los más elegantes son blancos con sutache de seda blanca, ó adornados con terciopelo negro, pues para nosotros encontramos el inconveniente á la sutache negra, que marca en el paño blanco y deja una señal imperecedera.

Los trajes en su generalidad se adornan con terciopelos negros ó con volantes y bieses de la misma tela, sobre todo en los colores habana, tierra seca, crudo ó gris, que son los más adoptados, y guarnecidos con encajes anchos del color del traje, prefiriéndose las polonesas ó túnicas-princesas, á las sobrefaldas y chaquetas.

Lo que agrada en los trajes que como modelos hemos escogido para hacer su descripción, es el conjunto sencillo y elegante á la vez. ¿Cómo conseguir ese resultado? Por ejemplo, un vestido de batista color crudo, con seis cabecillas rizadas, bordeadas con puntillas *Valenciennes* ó con *glasé* rosa, malva muy bajo ó azul. Polonesa abierta ó corpiño con aldeta postillon y chaleco Luis XV de seda azul ó malva, ó de la misma batista, con bolsillos. Para este traje se necesitan doce varas de batista para la primera falda y diez para la segunda, con el corpiño postillon, pues con la polonesa se economiza una vara de tela: este mismo modelo puede repetirse en percal con rulos de la misma tela al borde de las cabecillas y guarnecida la polonesa con una cabecilla y rulos, en cuyo caso conserva su elegancia, y su coste es extremo módico.

Para los conciertos, jardines, ferias y casinos, describiré un traje delicioso, juvenil y de suprema distinción. La primera falda del modelo era de fular color maiz, guarnecido con multitud de volantitos y bullonados, sobre los que estaba graciosamente colocado un volante de organdí con puntilla de Brujas, al borde. La sobrefalda era una túnica Luis XV, de crespon de China y del mismo color del vestido, bordeada con un bullonado y un encaje de Brujas, recogida á los lados y formando puff, sostenido con una banda de fular y encaje.

Por más que estén realmente muy en boga las telas *Pompadour*, sin embargo, las lisas son y serán más distinguidas, sobre todo para trajes de etiqueta.

Los *fichú* *Maintenon*, cruzando el pecho y anudado por detrás, el *Ana de Austria*, drapeado y con lazos de crespon de

China y el Luis XV, formando capuchon, y con lazos y caídas, son muy elegantes, así como para las mangas pagoda, las interiores de organdí liso, con un gran volante de lo mismo tableado y sin adorno alguno. Otra innovacion son los cinturones llamados á la romana, de granadina negra, con listas de colores vivos, anudados á un lado y con largas caídas, las que resaltan y son lindísimas sobre vestidos blancos ó muy claros.

Las joyas de bronce y plata oxidadas, con piedras francesas, adquieren gran boga, y hemos visto aderezos preciosos y medallones y cruces muy caprichosas.

Para complemento de un traje elegante y de toda novedad para campo, mañana y playa, aconsejamos la adquisición de una sombrilla-baston, de color crudo y bordada á cadeneta.

Los sombreros *Auvergnate* y los de forma *pastora*, reinarán durante todo el verano, habiendo advertido que en París no son tan exageradamente altos como en Madrid, pues aunque elevados, no adquieren esas proporciones piramidales que hemos tenido ocasion de observar.

Versalles, con su palacio, su pintoresco parque, sus calles de árboles, y encerrando en su seno á los que hoy forman el gobierno francés, llama á su recinto á todo lo más selecto de la sociedad, la que goza al mismo tiempo de sus privilegios campestres: en una de sus frondosas alamedas, hemos admirado un traje de viaje, que no podemos ménos de describir.

La primera falda era de percal color crudo, adornado con tres volantes, colocados á distancia uno de otro. Blusa *aldeana*, con cuello ancho y cerrada con botones de nácar, cuyo único adorno era un volante, repetido en las mangas y borde del cuello.

II.

El modelo para encaje de lana es sumamente bonito y fácil en su ejecucion, como verán nuestras lectoras. Se

hace una larga cadeneta para los ángulos del centro del encaje, y despues se coge un punto sencillo en la cadeneta más próxima, y se forma el dibujo: este encaje es de lo más á propósito para colchas de punto tunecino, para tapetes de mesa hechos de paño ó para refajos ó trajes de niños.

No ménos útil es el modelo de punto de aguja, el cual se hace con dos y con lana de cinco cabos, poniendo siempre puntos pares. Empleando lana blanca, servirá esta labor para nubes, toquillas, tapa-boca, etc., etc., y ejecutada con algodón blanco, es lindísima para paño de butaca, cortinillas ó colcha de cuna.

En uno de nuestros próximos números daremos un precioso dibujo para bordar zapatillas sobre piel, que hoy están muy en moda, así como el complemento del estuche para pañuelos, cuyo bordado presentamos en el presente.

Grabado núm. 2.



Aconsejamos á nuestras lectoras borden sus vestidos ó abrigos, sea con sutache, sea á cadeneta, pues no sólo son de un efecto precioso, sino que en París son los trajes más adoptados.

Las sombrillas bordadas á cadeneta sobre hilo crudo, ya del mismo color, ya con grana ó azul, es tambien sumamente distinguido.

Como nuestro periódico está esencialmente dedicado á las familias, recomendamos todo aquello que puede ser de verdadera utilidad, y á esta clase pertenecen las servilletas Gard, nuevo descubrimiento inglés, desconocido aún por completo, y cuya especialidad le ha valido á su autor una medalla. Estas servilletas están químicamente preparadas para limpiar toda clase de bronce, oro, plata y metales de toda clase, sin que perjudique ni manche las manos, pudiéndose servir de una sola, largo tiempo.

El único depósito en España, es en la Administracion de nuestro semanario, y se vende cada una á cuatro reales.

Tambien recomiendo de nuevo el *Cofrecito de la juventud*, utilísimo para baños y viajes, pues encierra el blanco para el cutis, los polvos de arroz, el carmin, el negro para conservar las cejas, etc., etc.

La Baronesa de Wilson.

A CLARA, ANTES DE SUS BODAS.

BALADA.

Al soñar tu inocente fantasía,
Aun de la vida en el primer albor,
Una voz de la tierra te decia:
«La dicha es el amor.»

Al ver de la ambicion el triste anhelo,
Y del mundo la frívola inquietud,
Te dice sin cesar la voz del cielo:
«La dicha es la virtud.»

Y pues viviendo están en tu conciencia
Virtud y amor sin lucha y sin afán,
Para hacer venturosa tu existencia,
Hoy el cielo y la tierra se unirán.

L. Augusto de Cueto.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

Nada, absolutamente nada.

Alberto quedó sumido en el profundo sopor de la fiebre.

Eran las nueve de la mañana cuando despertó, ó más bien cuando volvió en sí.

Estaba bañado en sudor.

La fiebre había desaparecido, pero se sentía quebrantado.

Miró á su alrededor como para convencerse de que habían desaparecido los fantasmas.

Recordaba perfectamente las visiones de la noche anterior.

Forzoso era que pensase en la viuda y en el señor de Velardi.

Alberto se estremeció.

—¿No debo huir de esa mujer?—dijo.

Empezaba á tener miedo.

Mal principio era éste para que se enamorase de la baronesa, y mal principio tambien para que se decidiese á penetrar el misterio y á favorecerla, si es que realmente la encantadora jóven era una víctima del señor de Velardi.

Alberto se preguntó por qué aquel hombre había princi-

piado por arrodillarse y suplicar, y por qué ella se gozaba en los sufrimientos de él.

Tambien era incomprensible que en un momento se hubiesen cambiado los papeles, y que ella suplicase y él se levantase terriblemente amenazador.

Empero todo esto eran visiones y no una realidad.

En el delirio de la fiebre había visto Alberto lo que no sucedía, lo que quizá no podía suceder.

Su temor era, por consiguiente, pueril.

Si tenia que cumplir un deber, no debía detenerse por lo que había soñado.

Quiso dominarse; pero siempre temblaba á la sola idea de estrechar sus relaciones con la viuda.

¿No era una mujer fatal?

En vano quiso Alberto burlarse de su terror.

Dejó el lecho.

Cuando se vistió pudo ver en el espejo su rostro cadavéricamente pálido y su mirada sombría.

—Necesito recobrar la calma,—murmuró,—y mientras no la recobre, no veré á la baronesa.

Trabajo le costó cumplir este propósito.

La baronesa le infundía miedo, y á la vez una fuerza irresistible lo impulsaba hacia ella.

¿Cómo podía explicar tan encontrados sentimientos?

Creyó que estaba ofuscado, y esperó á que su inteligencia se despejase.

Por primera vez en su vida había perdido la calma.

Pasó aquel día en constante agitacion.

Huyó de los paseos, de los teatros y de todos los sitios donde la casualidad podía presentarle á la viuda.

Tambien huyó de sus amigos, porque necesitaba estar solo para entregarse á sus pensamientos.

Al día siguiente adoptó nuevo sistema, porque se convenció de que se ofuscaba más cuanto más trabajaba su cerebro.

Comió en la fonda con sus amigos, estuvo en el café, en la Fuente Castellana y en el teatro, y con gran sorpresa suya no encontró á la baronesa.

El tercer día hizo lo mismo.

La viuda no se le presentaba en ninguna parte.

¿Estaba enferma?

Quiso preguntar por ella; pero no se atrevió.

Llegó el cuarto día.

Alberto dijo.

—Estoy haciendo lo que haria el hombre más débil. Si hay peligros, debo arrostrarlos, porque así prueba el hombre que tiene valor.

Almorzó sin salir de su casa,

A las dos y media se decidió al fin.

—La veré,—exclamó,—pondré en claro el misterio y lucharé.

Media hora despues entraba en su berlina y se encaminaba á la vivienda de la viuda.

CAPÍTULO VIII.

Las visitas.

El señor de Velardi no se dormía, sino que reflexionaba, cavilaba y perfeccionaba su horrible plan, en tanto que Alberto y la viuda soñaban dormidos, ó despiertos deliraban.

El hombre misterioso no se hacia nunca ilusiones, creia siempre que habia de sucederle lo peor, y así se evitaba la amargura de los desengaños.

Ardia en su alma una sola pasion, que lo dominaba por completo, vivia para un solo fin, y no pensando en otra cosa; era casi imposible que se olvidase de un solo detalle.

Había hecho un estudio especial de la baronesa, y sabia muy bien á qué atenerse en cuanto á lo que debía esperar de la infeliz.

Si ella luchaba sola, nada temia el señor de Velardi; pero si alguien la auxiliaba, la situacion cambiaria completamente.

Hasta entonces no había visto el hombre misterioso una sola persona que fuese bastante para luchar con él en union de la baronesa; pero Alberto no se parecia á los demás, y era preciso tomarlo en consideracion.

El señor de Velardi se hacia doblemente temible desde el momento en que llegaba á convencerse que todo lo sabia,

todo lo veía, todo lo adivinaba, siendo así una de esas criaturas á quien es imposible engañar.

De esto tenía muchas pruebas la viuda, pues veía que hasta sus pensamientos eran adivinados, y hé ahí por qué le infundía doble terror su miserable verdugo.

Nosotros, que podemos apreciar la situación con toda exactitud, diremos que el señor de Velardi tenía un enemigo muy temible y al que no había tratado de combatir, contra el que nada podía, pues estaba en su alma, era su misma pasión, y trastornado por esta, encontrábase siempre el miserable en peligro de cometer una torpeza.

Ya hemos dicho que Alberto hizo propósito de no seguir relaciones con la viuda, pero que vaciló y pasó así algunos días.

Este tiempo supo aprovechar el señor de Velardi, y una mañana fué á ver á la baronesa.

Encontrábase ésta sola, y recibió al caballero como siempre lo recibía, preguntándole apenas lo vió:

—¿Por qué no me deja usted en completa libertad, siquiera para entregarme á mi dolor? Nuestra situación está ya puesta en claro, y mientras llega el día fatal, creo que no estoy obligada á soportar la presencia de usted.

El señor de Velardi se sentó, quitóse sus lentes, fijó en la baronesa una mirada penetrante, y dijo:

—Señora, he deseado dejarla á usted, en libertad completa hasta que el plazo se cumpla; pero las circunstancias me obligan á venir, y es preciso que hablemos, que recordemos lo que quisiéramos olvidar, y que usted se convenza así de que estoy dispuesto á cumplir mis propósitos. Tal vez mis deseos no lleguen á satisfacerse, pero en último caso, haré todo lo posible para ponerme á cubierto de cierta clase de golpes.

Cubierto de nerviosa palidez estaba el rostro de la viuda, y se tornó lívido como el de un cadáver.

Sus ojos se bajaron ante la mirada incisiva del hombre misterioso.

La infeliz se estremeció.

Si entonces se hubiese presentado Alberto, no habría tenido más que mirarla para convencerse de que ella era la víctima.

—Señora,—dijo el hombre misterioso después de algunos momentos,—no es posible que se dé usted por vencida, y para comprenderlo así es bastante la inteligencia más escasa.

—¡Vencida!—exclamó ella con voz sorda.—Jamás.

Levantó la cabeza y fijó una mirada de odio profundo en el señor de Velardi.

La mirada de la baronesa era verdaderamente terrible.

Sus negros y magníficos ojos brillaban con el fuego de la fiebre.

Hubiérase dicho que en un instante recobraba toda la energía de su espíritu privilegiado.

—Lo que usted siente y piensa, lo adivino fácilmente,—dijo el caballero.

—Entonces...

—Si usted contase con un auxiliar que valiese tanto como yo...

—¡Oh!...

—Y si ese auxiliar se presentara, la situación cambiaría completamente, porque yo tendría que luchar con un nuevo enemigo, y también sería probable que ese enemigo...

El señor de Velardi se interrumpió bruscamente.

Su semblante cambió de expresión.

Enrojeciéronse sus mejillas como si fuese á brotar la sangre.

Un brillo siniestro animó sus pequeños ojos.

—¡Oh!—exclamó con voz alterada.—Si no fuese más que un enemigo cualquiera, poco me importaría; pero si ese enemigo es también un rival...

—Basta,—interrumpió la viuda.

—No basta, señora, no basta, por que la situación es demasiado grave.

—Como lo ha sido siempre.

—En cuestiones de amor es usted demasiado ambiciosa, y no era posible que las aspiraciones de usted quedasen satisfechas con las estúpidas galanterías de esa turba de aduladores que la asedian á usted.

—Pues si está usted convencido de que mi corazón no puede interesarse por ninguno de esos hombres...

—Puede presentarse alguno á quien usted crea digno de su amor, uno de esos hombres verdaderamente extraordinarios, capaz de comprenderla á usted, y con talento y valor suficiente para entablar conmigo una lucha.

—Esos hombres no existen más que en la ardiente imaginación de

los poetas.

—Y en el mundo también.

—Y además sería preciso que las circunstancias me pudiesen en relaciones con un hombre así, y que al amarlo yo, él me amase.

—¿Y quién responde de las circunstancias?

—Pero mientras no sobrevengan...

—Tal vez ha sucedido ya.

Estas palabras hicieron estremecer nuevamente á la baronesa.

El señor de Velardi, como si se hubiese propuesto hablar sin escuchar, prosiguió diciendo:

—La conocí á usted cuando aun vivía su esposo el señor baron.

—Es verdad.

—Entonces, lo mismo que ahora, se veía usted asediada

Grabado núm. 3.





EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

por una turba de importunos galanteadores, y usted, á pesar de que se habia casado contra su voluntad y de otras muchas circunstancias, rechazó enérgicamente á cuantos solicitaban su amor.

—Cumplia mi deber.

—Considerada moralmente, era usted una mujer excepcional, y tambien cuando sólo se contemplaba su belleza. ¡Oh!... Recuerdo aquellos dias, y aun parece verla á usted...

—Caballero, á nada conduce hablar de aquella época.

—He conocido muchas mujeres, cuya belleza era más perfecta que la de usted, pero ninguna tenia en los ojos ese poder de fascinar, de enloquecer, de producir vértigos inexplicables. La mirada de usted habia producido en mí el mismo efecto que en todos. Mi corazon no se habia conmovido nunca, y entonces latió violentamente y se sintió abrasado; pero yo tenia que guardar silencio, sufrir mi martirio y son-

Grabado num. 4.



rie. Mi existencia era una agonía la más horrible. ¿Qué hubiera yo adelantado con hablarle á usted de mi pasión? Yo era egoísta y me hice generoso; yo habia sido siempre cobarde; y me sentí con los alientos de un héroe. Por el amor de usted hubiera yo sacrificado la vida sin vacilar. Sostuve una lucha, cuyo tormento solo yo puedo comprender; ¿no me corresponderia usted siquiera por compasión? Abrigué algunos dias esta esperanza, pero se desvaneció bien pronto;

comprendí que usted era más digna de compasión que nadie. ¿Qué le importaba á usted mi martirio, cuando era tan horrible el de usted? No me quedaba más que la muerte, y si no puse fin á mi vida, fué para no privarme de contemplarla á usted.

(Se continuará.)

UN RASGO DE COMPASION.

Achaque comun de nuestra época es declamar contra la general impiedad, contra el frio egoismo, contra el ex-
cepticismo que mata los sentimientos más puros que Dios depositara en el corazon, para que fueran encanto de la vida y cimiento de la felicidad verdadera.

Y sin embargo, al hablar así, es porque no nos tomamos el pequeño trabajo de pensar; porque nos dejamos arrastrar por la corriente con la debilidad del que trata de ahogarse; porque nos empeñamos en ver sólo los ejemplos del mal, sin conceder una mirada de cariño á las infinitas acciones de virtud que se han cruzado con nuestra pobre vida, y han sido no pocas veces origen de la felicidad de una familia.

Abrigo la firme creencia de que si el escritor de verdadero talento, en vez de consagrar las galas de su ingenio á ridiculizar los vicios de nuestra época, que acaso parecen

bellos al revestirlos con las galas de su imaginacion y lo galano de su discurso, se concretase á narrar un ejemplo de virtud donde quiera que lo encontrare, haria un verdaderoso servicio á la

sociedad, y mejoraria las costumbres y el corazon, sobre todo el de la mujer, que impresionable con exceso, guarda recuerdo vivo de cuanto logra interesarle.

La creencia anterior, me ha hecho dar á conocer siempre las acciones de virtud, de abnegacion ó piedad que han llegado á mi noticia, en la seguridad de que al hacerlo, si no brillaba mi trabajo por lo ingenioso del concepto y la galanura de la frase, serviria al ménos de apoyo á la virtud vacilante, de consuelo al triste, y de justa reparacion á nuestra época, no pocas veces calumniada.

Un día de campo me dió á conocer el sencillo, y casi pudiera decir vulgar episodio, que voy á referir; tantas veces se habrá visto repetido.

Proyectamos entre diferentes familias un día de campo, y yo, poco inclinada á diversiones frívolas, pasé gran parte del día hablando con mis amigas, y adquirí una nueva en una linda jóven que con su esposo, capitán de ejército recién venido de la Isla de Cuba, formaban parte de la reunion.

Era recién casada, y como me dijese que su boda habia tenido origen en una extraña coincidencia, la supliqué que me la contase, y con la sencillez de quien refiere un hecho, no de quien narra una novela, dijo así:

«—Cuando yo era niña, y mi hermano Enrique tambien, pasamos algunas temporadas en el Escorial, ó mejor dicho, en el camino que desde este pueblo conduce á Las Navas, donde poseian mis padres una casa. Los veranos y hasta algo avanzado ya el invierno, mi mamá se resignaba, en pró de nuestra salud, á vivir con nosotros en el campo, porque papá no podia abandonar su bufete y sus negocios; no ignora usted el frio y los vientos que reinan en aquellas sierras, y una noche en que el viento y el agua azotaban nuestros cristales, mi madre nos explicaba los tormentos del pobre viajero extraviado ó sin recursos en una noche semejante.

Aunque niños, mi hermano y yo nos conmovíamos ante

la triste verdad que encerraban tales palabras, y espontáneamente empezamos á rezar para que Dios prestase auxilio á los pobres caminantes, que en tal noche tenian que serlo, cuando á los pocos momentos dejóse oír el pesado aldabon de la puerta de la calle. Dios habia oído nuestra plegaria, y un viajero llamaba á la puerta.

—¿Y le acogieron ustedes al punto?

«—No tan pronto,—me dijo Adela sonriendo,—porque lo primero que nos dió á mamá y á nosotros, fué un miedo terrible. Sin embargo, mamá se acordó de lo que acababa de decirnos, y acompañado del jardinero y de la criada, bajó á ver quien llamaba: era un infeliz soldado, que dijo acabar de salir del hospital, y al que faltaban fuerzas para continuar su camino. Mamá mandó abrir la puerta, y vimos un militar con los humildes galones de cabo, jóven, muy pálido y tan fatigado, que apenas podia subir los escalones que conducian á la sala principal. Ya en la puerta de ella... ¡aun me rio al recordarlo! se detuvo porque no se atrevia á pisar nuestra limpia estera con sus zapatos llenos de barro.

—Siga usted, siga usted,—exclamé ya con interés.

«—A nuestras instancias, el soldado pasó y se dejó caer en una silla: el frio habia embargado sus miembros, y mamá y los criados tuvieron que despojarle de su cartuchera, su levita y su cha-

có, mientras Enrique tiraba de sus zapatos, y yo calentaba bayetas para envolver sus piés. Se le hizo tomar una taza de sopa y un poco de vino, y despues de dar las gracias, murmuró:

«—Salgo del hospital, he andado todo el día y la herida aun mal cerrada, de mi pierna, se ha vuelto á abrir y me hace sufrir mucho.

«—Entonces mi mamá, que era buena como un ángel, corrió en busca de un bálsamo que tenia y al que otorgaba gran fé: yo preparé trapos, vendas, hilas, y á la mañana siguiente, despues de reposar toda la noche en un lecho limpio y cuidado, se dispuso á partir, no sin decirnos con aire tan conmovido, que nos hizo llorar:

«—Señora, Dios, que paga las deudas de los pobres, le recompensará el bien que me ha hecho esta noche.

«—Quédese usted hasta que se restablezca,—dijimos mi hermano y yo.

«—¡Es imposible! Mi regimiento partirá en breve para América, y tengo que estar mañana en Madrid, si no quiero quedarme en tierra, ¡y no quiero, señora! Tengo una madre pobre y honrada que vive en Getafe, le daré un abrazo antes de partir, y deseo hacer carrera sólo por ella.

«—Dios proteja á los buenos hijos,—dijo mamá,—y quizá al volver de América sus hombros ostenten las chareteras de oficial.

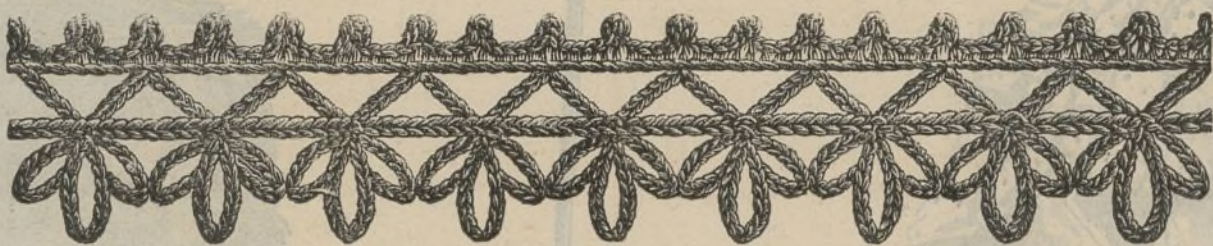
«—Dios la oiga, señora, y por si no nos volvemos á ver, acuérdesse usted siempre del cabo Rafael Ceballos, que no los olvidará, y ustedes, hermosos niños, pidan á Dios que me ampare en mi camino.

«—Dijo y partió; quedamos mi hermano y yo muy impresionados; pero á la media hora, los dos habíamos dado al olvido al pobre soldado y su encargo.

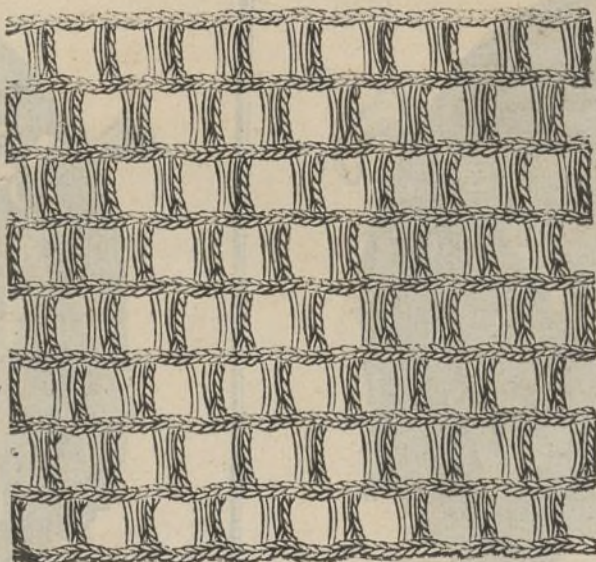
Aquí el rostro de la hermosa Adela se contrajo con espresion triste, y continuó:

«—Pasaron los años: mi padre murió repentinamente, y como manejaba bienes propios y ajenos, personas extrañas

Grabado núm. 5.



Grabado núm. 6.



tuvieron que arreglar nuestros asuntos, y mi pobre madre quedó con nosotros en muy aflictiva situación. Nuestra hermosa casa de campo fué vendida, todos nuestros bienes confiscados, y en breve mi pobre mamá murió, más por dolor de nuestra nueva situación que por verdadera enfermedad. Teníamos algunos buenos amigos, y ellos nos recogieron, y colocaron á mi hermano en un comercio, mientras yo ayudaba en sus faenas á una amiga antigua de mi madre, con la que me quedé á vivir. Mi hermano iba por mí todos los días festivos para llevarme á paseo, y hace seis meses, fué un domingo por mí, y me dijo:

«—Hoy te llevo á Getafe; tengo que ir á llevar una carta de mi principal, y pasaremos el día de campo.

«—Tomamos asiento en el primer tren, y llevamos la carta á un rico propietario de aquel pueblo, en cuya casa encontramos á un capitán, que me miró mucho... yo... la verdad, comprendí que no le había parecido mal, me puse muy colorada y no le volví á mirar. El dueño de la casa habló largo rato con Enrique y le preguntó su nombre y el mío, dirigiéndome algunos cumplidos. Al oír nuestros nombres el capitán, se inmutó y dijo:

«—¡Es extraño! yo conocí dos niños de esos mismos nombres; ¿han vivido ustedes cerca del Escorial?

«—¿Qué podré decir á usted más?—murmuró la hermosa joven.—Hace tres meses que me he casado y mi marido se llama Rafaél Ceballos.

«—¡Bien, bien!—exclamé conmovida.

«—Vivimos con su madre, que por su bondad me hace recordar á la mía; no somos ricos, pero Dios no lo da todo junto: ¡somos felices!

Cuando acabó de hablar Adela, sus ojos estaban llenos de lágrimas, los míos también, y nos queríamos como si fuéramos amigas desde la infancia.

«—Veis,—exclamé,—como el mundo no es tan malo como parece.

«—Dice la anciana madre de Rafaél,—dijo Adela,—que es porque Dios no deja nunca sin recompensa una buena acción.

Los demás compañeros de la escursión campestre nos llamaban á comer, enjugamos nuestros ojos, y acudimos á tomar parte en la general alegría, con el corazón satisfecho.

Desde aquel momento me propuse, siguiendo mi costumbre, dar á conocer este hecho sencillo, que tantos conocerán sin apreciarle, y con el cual creo estimular algo la virtud, y dar consuelo á los que sufren.

¡Ah! Aunque á primera vista una acción de virtud, no alcance otra recompensa que la satisfacción de hacerla, que ya no es poco, tarde ó temprano Dios se la otorga, y por fortuna las acciones virtuosas no son tan raras como los pesimistas se empeñan en sostener. Si los que así hablan, en vez de lamentar lo malo sin otro resultado que darle más á conocer, se propusieran señalar lo mucho bueno que encierra nuestra sociedad, algo les diría éste, y no poco el corazón que con tales máximas se materializa y desencanta, en vez de aficionarse más y más á los sentimientos de virtud que Dios depositará en él, para que fueran encanto de la vida y firme cimiento de la felicidad.

Joaquina Balmaseda.

EXEQUIAS

de mi querido y malogrado discípulo

CÁRLOS RUBIO,

POR

DON GASPAR BONO SERRANO.

(Continuación.)

IV.

Así dije, interrumpiendo
Con llanto no pocas veces
Mi voz, del buen Carlos Rubio
Al considerar la muerte.

Enterneciendo mis frases
A los amables oyentes,
Una lágrima ofrecieron
Al que en la tumba ya duerme.
Ellos y yo más tranquilos,
Después de una pausa breve,
En que respiré algún tanto,
Rogáronme les leyese
De aquella lira ya muda,
Muda ¡oh dolor! para siempre,
Graves números acordes,
O sean versos valientes.
Abrí entonces mi pupitre,
Y sacando unos papeles
En borrador, que conservo
Con aprecio, cual merecen,
Escritos de puño y letra
Del trovador eminente,
Por él rubricados hace
Años casi diez y nueve,
Los entregué á los viajeros,
Pues quisieron, complacientes,
Ver y examinar despacio
Del muerto los caracteres.
Después les dije: «Señores,
»No temáis que me moleste
»En complaceros: me gozo
»Dando á conocer laureles
»Poéticos á extrajeros
»Que bondadosos hoy quieren
»Escuchar á un español.»
Luego leí de esta suerte:

ODA

DEDICADA AL SEÑOR DON GASPAR BONO SERRANO.

V.

¡Bardos, salid del templo! Vuestro plectros
Abandonad en él. ¿A quién el canto
Osareis tributar? ¿Qué hay en el mundo
Que cause ya ni admiración ni espanto?
La sagrada virtud yace en la tumba;
Los pueblos tienden las cansadas manos
A la férrea cadena; hasta han perdido
Sus dueños el valor de ser tiranos;
El tiempo ha suspendido
Su marcha en las ruinas lastimosas
Del pasado esplendor; la historia cierra
Sus páginas gloriosas:
¿Qué merece ya aplausos en la tierra?

Un tiempo fué, que la rosada aurora
En la tierra brilló. Tranquila entonces
Al sublime contento
De toscos cedros y doradas palmas,
Mecidas por las ráfagas del viento,
Y al pavoroso acento
De la cascada rápida y salvaje;
Bajo bóveda umbría
Que formó de altos tilos el ramaje,
En su niñez la humanidad dormía.
Más contrarios, entonces, no tenía
Que el hambre de las fieras
Y el dardo del espíritu del trueno;
Y entusiasmado su inocente seno,
Podía modular himnos suaves
Como auras vagorosas,
Que las alas bordadas de rocío

Pliegan sobre las rosas
En las tranquilas márgenes del río;
O sublimes de horror, como el concierto
De lóbrega tormenta centellante,
Que rueda resonante
Por la inmensa llanura del desierto.

Después en el vigor de edad ardiente,
Al cielo con desden la frente alzando
Las cadenas del miedo quebrantando
Intrépida se alzó. Noble y potente,
Tan grande en la virtud como en el crimen,
Bañó en sangre la tierra;
Y á la luz de un incendio, sobre un monte
De calientes cadáveres sentado,
Entonó el himno ronco de la guerra;
Mientras astro de paz, el horizonte,
Con su luz melancólica y calmada
La estrella de Belen esclarecía,
Présaga augusta de celeste día.

(Se continuará.)

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.° Traje para paseo y visitas campestres.—Vestido de fular color crudo: falda rasante y adornada con volantes fruncidos de 30 centímetros de ancho. El delantero de este vestido esta adornado con cintas y lazos, cuyo adorno se repite en el corpiño, mangas y cintura. Sombrero de paja de arroz, adornado con cintas malva, velo de gasa y guirnalda de violetas. Zapatos bronceados con tacon Luis XV y medias de hilo de Escocia, color crudo.

2.° Vestido de seda: falda rasante lisa. Túnica de cachemir más clara que la falda y bordado con sutache negro: un fleco de borlas bordea la túnica. Corpiño con aldetas abiertas, bordado y adornado como la túnica. Sombrero de paja de arroz con cintas verdes y plumas. Sombrilla marquesa.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

1.° Traje para paseo.—Falda de seda color crudo adornada con un volante plegado. Túnica de crespon de color más oscuro, adornada con un volante y un biés con vivo de seda de color más oscuro. Polonesa de seda, bordada, recogida con lazos y con solapas en el pecho. Sombrero Castellana con velo y pluma.

2.° Vestido Pompadour, con cabecilla de seda rizada y guarnicion de blonda ó encaje de Brujas: delantal formado con rizados y blondas. Corpiño con aldetas y manga pagoda. Confeccion Watteau de seda negra ó violeta con lazos y encaje. Sombrero de paja de Italia.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

Peinado compuesto de tirabuzones que caen por detrás con cocas y riciños en la cima del peinado. Sombrero de paja de arroz forrado con terciopelo negro y adornado con encaje negro blanco, cocas de cinta, y dos rosas con follaje: bridas de encaje.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.° Vestido de fular, color habana claro. Falda rasante adornada con un volante de 40 centímetros de ancho, con tablas anchas adornadas con cintas marron. Corpiño con aldetas chaleco abiertas á los lados y por detrás y bordeadas con cintas. Sombrero de paja con cinta marron y pluma habana. Velo de gasa. Zapato con lazos Fenelon.

2.° Vestido de seda liso, color de tierra seca. Túnica de fular con listas negras y adornada con terciopelo, guipure y un volante estrecho; esta túnica está abierta por detrás, y cruza cerca de la cintura. Chaqueta con aldetas y de la misma forma que la túnica: manga de la tela de la primera falda. Sombrero de paja belga.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.° Vestido de crepelina de lana color claro: falda con un ancho volante de 45 centímetros con cabecilla de 5 centímetros. Túnica solo hasta los costados con un volante de 12 centímetros y dos bieases. Corpiño con largas aldetas, redondas por delante y cortas por detrás con volantes de 12 centímetros. Sombrero de paja blanca: con girnalda de flores y caída. Lazo de cinta.

2.° Niña de 4 á 6 años. Vestido de fular blanco con listas rosa, y volante de 15 centímetros, la cabecilla del volante la forma una serie de margaritas de tafetan rosa. Chaqueta de seda negra, con aldetas por delante y túnica por detrás, con un volante estrecho. Sombrero de paja del arroz.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

1.° Sombrilla *Trianon*, de seda cruda, con guirnalda de flores bordadas con seda marron y un volante al borde.

2.° Sombrilla-baston, de percal blanco con lunares malva y volantes ondeados, los que tambien forman el roseton del centro, mango de madera tallada.

3.° Sombrilla de seda gris perla, bordada con seda negra y fleco al borde. Mango de ébano.

4.° Sombrilla de seda color claro con volantes formando picos, mango de arco.

5.° Sombrilla negra, bordada con seda de color y guarnecida con encaje, mango tallado.

6.° Elegante sombrilla de seda verde Nilo, con volantes de encaje de Inglaterra mango de marfil.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 5.

Encaje de lana, hecho al crochet: (Véase labores.)

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 6.

Bordado indio para una caja-estuche, para pañuelos. (Véase labores.)

GEROGLÍFICO.



MADRID: 1872.—Imprenta de Santos Larxé, Rio, 24.